Día de graduación

Diego Basulto

DÍA DE GRADUACIÓN

Diego Basulto

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2025
© Diego Basulto, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-51-2
THEMA: YFB - JBSP
DEPOSITO LEGAL: M-12083-2025

Ante la publicación de "Día de graduación", mi primera novela en mi corta vida, no puedo dejar de agradecer en primera instancia, a mi madre Leticia, a mi padre Enrique, a mi hermano Daniel y a mi abuelita Angélica, por su apoyo total al desarrollo y producción de esta obra. Están en mi corazón y nunca se podrá pagar el cariño que me han dado en todo.

Por supuesto, también le agradezco a Avant Editorial por creer en mi trabajo y darme una oportunidad única. Les debo esta novela a su labor y a su saber.

Por último, mi agradecimiento también va a Dios, que me brinda la fuerza y la perseverancia para seguir a pesar de la duda, la desesperación y el dolor.

Dedicado a todas las personas que seguimos aprendiendo sobre cómo vivir ante las circunstancias del tiempo y la casualidad

7 DÍAS PARA LA GRADUACIÓN

—Dana, no te has comido tu desayuno —dijo la madre en tono recriminante.

—Madre, sabes que no me gustan los huevos con tortilla —dijo la adolescente con el teléfono en la mano, sin mirar el alimento sobre la mesa.

—Jonathan no ha comprado pan francés porque llega a las ocho y treinta. Recuerda que tenemos que ir a ver tu vestido temprano.

—Está bien. ¡Qué me queda! —Dana tomó con sus manos blancas una pequeña tortilla de harina, la partió en pequeños trozos y recogió un poco de los huevos revueltos para comerlos.

La luz solar iluminaba la cocina sencilla, el pequeño cuarto con una mesa cuadrada de madera y patas de plástico, tres sillas, dos ocupadas y una alacena al lado de la ventana abierta. Una tetera de metal sacaba humo y la señora la agarró para servirse una taza de café negro.

—¿Aprobaste todas tus materias?

—Claro, de lo contrario, no me graduaría.

—Me alegra ver que te esfuerzas —la madre sonrío un poco.

—Gracias. ¿De qué color será mi vestido?

—Pediste uno amarillo, eso te rentamos —dijo la madre y Dana se emocionó mucho.

—¡Muchas gracias! —balbuceo la chica y abrazó a su mamá con fuerza.

—Ten cuidado, me vas a tirar el café encima.

—Lo siento, me emocioné. Por cierto, ¿por qué Jonathan salió tan temprano? —preguntó Dana mirando fijamente a su madre.

—Debe estar viendo algo de su trabajo —respondió la madre mientras bebía su café.

—Es domingo, ¿por qué tiene que trabajar?

—Es plomero, trabaja cuando tiene trabajo —dijo la madre en tono conciliatorio.

Dana volvió a sentarse y siguió comiendo con un semblante más iluminado. La madre terminó su platillo y se levantó casi saltando, dirigiéndose a la sala para buscar unas llaves que dejó en la mesita del centro, al mismo tiempo, se arreglaba ligeramente su cabello largo y castaño.

—¿Por qué te despeinas? —le gritó Dana con burla.

—Muy graciosa, jovencita —dijo con cierta agrura—. Me estoy arreglando un poco, tengo que verme bien. Termina tu comida y vámonos.

—Ya voy, dame chance.

La chica acabó vaciando el plato verde, lo dejó en el lavabo y salió disparada hacia la puerta, donde su madre la esperaba. Salieron de una casa de dos pisos, color gris claro y una protuberancia del lado derecho, donde había una ventana tapada con cortinas color azul rey. Tras caminar juntas por el jardín, la mamá presionó el botón de la llave, la alarma de una va roja sonó con intensidad.

—No me acostumbro a que tengas carro ahora.

—Agradécelo a tu padrastro —puntualizó la madre y suspiró.

—Cuando vuelva con el pan, quizás.

El van se movía con tranquilidad, las calles estaban vacías, mientras pasaban hileras de casas de diversas formas y estilos, todas de gran tamaño. El cielo estaba despejado, con sol libre, pero la brisa de la mañana refrescaba el ambiente de aquel suburbio, donde la gente madrugadora corría por las escarpas, ya sean solos o con algún animal doméstico.

—Madre, ¿cómo fue tu graduación? —preguntó Dana. La mamá tenía la vista fija al frente, pero la chica notó que los ojos de la mujer vacilaron un segundo, lo cual le extrañó.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Me dio curiosidad, no sueles hablar mucho de tu vida escolar —repuso Dana y volvió a mirar fijamente a su madre.

—No pasó nada interesante en ese tiempo, hija. Solo una aburrida etapa de estudio.

—¿Aburrida? —preguntó Dana, se sorprendió un poco, y la expresión del rostro mudaba entre burlón y decepcionado— ¡Creí que tú te divertías mucho en tu juventud!

—¿Qué dices? Aún soy joven —respondió la mamá, mientras continuaba con la vista al frente.

—Bueno, cuando eras más joven.

La van se detuvo frente a un semáforo en rojo, la avenida aún estaba falta de autos que acompañasen el flujo de la ciudad en la mañana. Entonces, apareció una motocicleta ruidosamente a la derecha del vehículo, del lado donde Dana miraba el ambiente urbano con desinterés. El motociclista era un hombre maduro, de barba corta y lentes de sol que combinaban con la chaqueta negra y robusta.

—Lo que te puedo decir, hija, es que yo era una buena niña, así como tú... ¡Dana! —gritó la madre.

—¿Qué?

El hombre saludaba a la adolescente con su mano derecha, tras la barba ocultaba una pícara sonrisa que a Dana la puso nerviosa y sus mejillas enrojecieron al instante. Al ver la escena, su madre oprimió el pito rápidamente, asustando al hombre, al mismo tiempo la señora le mostraba el dedo medio con sus ojos enfurecidos.

—¡Ya es verde! ¡Largo! —le gritó y el motociclista arrancó sin pestañear.

La madre movió la palanca y giró el timón hacia la derecha, respiraba sobresaltada y el sol que le caía en los ojos describía una mirada enojada, incluso nerviosa. Dana volteó la cabeza castaña clara y apuntó con su dedo a la mujer.

—¿Qué te pasa? —le preguntó y luego agregó—. Solo me estaba saludando.

—¡No me grites! —ripostó la madre en tono desafiante—. No debes saludarte con hombres así, en especial hombres que no conoces.

—¡Pero era lindo! Además, solo era un saludo —balbuceo la chica y se acomodó en el asiento.

La van aceleró, saltando el siguiente semáforo en verde.

—¿Y qué? Seguramente doblaba tu edad. ¡Cállate y no vuelvas a hacer algo así! —dijo la madre en tono imperativo.

Dana cruzó los brazos y arrugó su nariz, apartó la vista de la conductora y se entretuvo observando la calle sin árboles, adornada por pequeños puestos de productos que el centro de la ciudad ofrecía a los locales y turistas que discurrían por ahí. La radio estaba apagada, por lo que Dana solo percibía el crujido del motor, las llantas que raspaban el asfalto quebrado de la zona, además de la respiración enojada de su mamá.

Un vocero anunciaba descuentos muy importantes en precio de cafés frappé, por ser domingo. El hombre vestía guayabera blanca, con botones rojos y sombrero de guano, y tenía un lazo negro atado alrededor de la copa cilíndrica. La cafetería era parecida a un bloque de ladrillo, con su característico rojo carmesí y lonas que cubrían al ruidoso vendedor.

—Ese hombre es gracioso, con su sombrero y el sudor que le cae —dijo en tono de burla Dana.

—¡No seas grosera! —gritó la madre, que claramente seguía irritada.

—¿Podemos comprarle? Así ya no seré grosera con él —preguntó Dana y el tono de su voz era ligeramente sarcástico.

—Ya tomamos café en la mañana.

—Yo, no. —replicó Dana. La madre suspiró.

—Bien, espera a que estacione y vamos.

La van roja se metió por un pasillo estrecho, bloqueado por una reja negra con un cartel encima que decía: «estacionamiento "Buen Sol"». La madre acercó su mano a la ventanilla incrustada en la pared, separada por una caseta amontonada de papeles, y al otro lado divisó a una señora de blusa naranja, con expresión agria y sudorosa. Dana contuvo las ganas de reír.

La señora le entregó un boleto de papel, y el auto pasó cuando la reja se apartó horizontalmente. La van parecía una tortuga al moverse por el suelo de piedras blancas, buscando un espacio entre otros vehículos en

aquel lugar soleado. El número 15 estaba libre, al lado de una motocicleta Harley, con grabado de calavera y ojos llameantes en uno de los costados.

Dana bajó del auto e intentó tocar el grabado, el cual expresaba una llama tan realista que los ojos ámbar de la jovencita perdieron al resto de los autos o las piedras que sus sandalias pisaban. Una mano la detuvo con suave brusquedad, la chica recapacitó y se encogió de hombros frente a su madre.

—Lo siento, es que está tan bonito —dijo en tono casi infantil.

—No te distraigas —el tono de la mujer era agudo.

La caminata por el centro de Mérida era una actividad conocida por Dana, sus pies aguantaban un paso rápido, ansiosos por el antojo de café frío, ante el sol que comenzaba a tornarse más abrasador. La jovencita odiaba el efecto del calor sobre su piel y se afanaba en busca de alguna sombra que le permitiera respirar un poco de fresco, mientras, la madre avanzaba más despacio, cubriéndose los ojos con los dedos y cargando su bolsa de cuero sobre el hombro.

En la cafetería había un pequeño pizarrón sobre una mesa de madera, allí estaba escrita con tiza azul claro la palabra «Fantasía», la propia tiza estaba tirada en la calzada. Dana corrió al ver al vendedor, quien seguía anunciando la oferta ante las vistas apenadas de múltiples transeúntes, quienes se alejaban de sus

anuncios. La chica se acercó al hombre y, sin detenerse a respirar, le preguntó.

—¿Cuánto cuesta el frappé de oreo?

—¿Perdón? —El hombre se agachó un poco, Dana notó que su perfume era de limón. «Que feo», pensó.

—Le pregunté... ¿cuánto cuesta el frappé de oreo? —volvió a preguntar, al momento en que llegaba la madre.

—Dana, el hombre no los vende, hay que entrar.

—Cierto. ¡Adiós! —admitió el hombre. La chica dio la espalda y corrió hacia la cafetería.

—Discúlpela, es algo... hiperactiva. —El hombre sonrió nerviosamente y siguió anunciando.

Al entrar, Dana vio a un chico de cabello corto y mejillas rechonchas que dormía sobre el mostrador. «Fantasía» parecía un rincón de biblioteca escolar, con libros de colores y tamaños diversos amurallando el pequeño espacio de consumo, algunas mesas formaban una ele paralela al mostrador, el cual era un mueble de madera oscura, con pequeñas ventanas que exponían panes dulces y algunos vasos personalizados.

La madre entró y se acercó al adormilado barista. El silencio del lugar, fruto de la nula concurrencia, contrastaba con el filtro de motores y gritos que provenían del exterior. Ella le dio un suave toque a una campana plateada, y el chico se despertó.

—Disculpe. —El chico tenía una gorrita verde que cayó al piso. Su gafete indicaba el nombre de Juan Torres.

—¡Perdón! ¿Las hice esperar mucho? —El chico parpadeó con violencia.

—Descuide, acabamos de llegar. Dana, ¿qué vas a querer?

—Un frappé de Oreo. —El chico apuntó en una hoja amarilla.

—Claro que sí, ¿pueden sentarse a esperar? —preguntó todavía medio dormido.

—Sí, gracias. —dijo la madre.

Juan sacó una caja de galletas oreo y comenzó a triturarlas con las manos su expresión era nerviosa y echaba una mirada de vez en cuando a Dana, lo cual ella notó, pero decidió ignorar. La mamá extrajo su teléfono de la cartera, lo abrió y comenzó a teclear con fuerza, sin detenerse; mientras, Dana se aburría mirando pasar el tiempo, —Madre. —reclamó la chica.

—¿Sí? —indagó sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿A qué hora abren la tienda de vestidos?

—Ya abrieron, terminando aquí nos vamos caminando.

—¿Hay que seguir caminando? ¿Pará qué tienes un auto entonces?

—¡No grites! La tienda está en el centro y no podemos estacionarnos en la calle, ¿o acaso quieres que nos remolquen y se lleven el coche?

—¿Está muy lejos? —volvió a preguntar Dana con un suspiro entrecortado, un toque de enojo había en su voz.

—Como unas diez cuadras.

—¡Qué horror!

El sonido del hielo triturado se escuchaba como piedras gruesas que se rompen dentro de un vaso de plástico; Dana se tapó los oídos y, en un cruce de miradas con el barista, ignoró la sonrisita que este le había regalado. La puerta se abrió junto al potente rugido de una motocicleta, y tres muchachas caminaron hacia el mostrador, sus voces eran agudas y tenían una tonalidad irritada, como si estuvieran cansadas de viajar por la ciudad.

—¡Oye, tú! ¡Queremos ordenar! —gritó una de las muchachas.

—Un segundo, por favor.

—¡Apúrate! —gritó una de las chicas con un acento muy marcado. Dana la reconoció al instante y decidió llamarla.

—¿Mónica? —Las chicas se voltearon al mismo tiempo que Dana y gritaron de euforia con tanta fuerza que a la madre se le cayó el celular sobre la mesa.

Las cuatro chicas se abrazaron en bolita y saltaron coordinadas y repetidamente. Dana se soltó y acomodó su cabellera, los ojos brillaban con un temblor extraño.

—¡No esperaba verlas aquí! —dijo Dana. Luego vaciló sin saber cómo seguir la conversación.

—Nosotras tampoco. ¡Una semana desde que acabaron las clases! —dijo una de cabello rubio y labial rosado.

—Oye, Mónica —inició Dana— ¿cómo estuvo tu viaje a Cozumel?

—¡Fue espectacular! —gritó la chica de cabello negro y más alta que las demás. — Mis padres y yo nos hospedamos en un hotel de lujo, cercano a la playa. ¡Podía ver las gaviotas a lo lejos y algunos chicos super guapos en la piscina! —Las cuatro se emocionaron como chiquillas ante un concierto de música pop.

—¡Niñas! —La mamá de Dana interrumpió la emoción.

—¡Madre!¡, estas son mis amigas: Mónica, Lucía y Valeria.

—¡Mucho gusto, señora Silveira! —dijeron a coro las chicas.

—Un placer niñas, pero les recuerdo que estamos en una cafetería. ¡Bájenle un poco al ruido y siéntense!

—Pero no hemos ordenado —dijo Lucía, moviendo su rubia cabellera.

—Es que el inútil ese no nos atiende —respondió Valeria, la cual usaba lentes circulares de gran tamaño, magnificando sus ojos verdes.

—¡Perdónenme! Ya está listo el pedido de la señorita.

—¡Oh! —Se asombró Dana, tomó el vaso repleto de glaseado y hielo diluido, con una galleta oreo como corona sobre la crema—. ¡Gracias! —silabeó Dana.

—Son 75 pesos.

—¡Madre! —La mujer se cubrió la frente y sacó su cartera —, ¿podemos quedarnos un momento?

—Hija, el vestido de graduación, hay que verlo lo más...

—¿Vas a ver tu vestido de graduación? —Mónica se encimó sobre Dana, quien sonreía mucho.

—Sí, iré con mi madre.

Mientras Juan batallaba por buscar todos los ingredientes de las bebidas solicitadas, las cuatro amigas sentadas a una de las mesas dejaban escapar risitas y algunos comentarios juveniles, lo cual provocó que la mamá de Dana se alejará a otra mesa. Dana describía con detalle su semana anterior.

—Entonces, Tony y yo fuimos a esa ... pista de *Go karts,* en Altabrisa. Mi madre nos llevó y pasamos varias horas allí.

—¿Hablas de ese chico, Tony? —dijo Valeria. Dana asintió.

—El que la trata como princesa, ¡por supuesto! —dijo Lucía mientras revisaba su celular, cuya funda era amarilla y tenía escarcha naranja.

—Sí, es muy amable siempre. Además, noté que un chico me miraba —sonrió Dana. La emoción del grupito se elevó.

—Eso es más interesante, ¡empieza por ahí! —le reclamó Lucía.

—¿Y cómo era? —preguntó Valeria.